

SANTO DOMÍNGO Y LA VIRGEN DEL ROSARIO



**SANTO DOMINGO DE GUZMAN
Y LA
VIRGEN DEL ROSARIO**

por
Rafael-María López-Melús, carmelita

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44.
41003 SEVILLA



Una madre educadora

Domingo de Guzmán nació en Caleruega (Burgos), a fines de 1171.

Su padre se llamaba Félix de Guzmán, «venerable y rico hombre entre todos los de su pueblo». Era uno de los nobles que acompañaban al rey en todas sus guerras contra los moros, muy emparentado con la nobleza de entonces.

Su madre, la Beata Juana de Aza, era la verdadera señora de Caleruega, cuyo territorio pertenecía a los Aza por derecho de behetría. Mujer verdaderamente extraordinaria, era querida y respetada por todos, muy caritativa, sinceramente piadosa y siempre dispuesta a sacrificarse por la Iglesia y por los pobres.

De ella recibió Domingo su educación primera.

¡Cuánto bien pueden hacer las madres cristianas!

El hogar será siempre la primera palestra donde deben forjarse los espíritus del mañana.

¡Qué bien pudo escribir el gran pedagogo D. Andrés Manjón: «Lo que se aprende en las rodillas del padre y en el regazo de la madre, nadie ni nada lo podrá arrebatarse».

Cuando tenía sólo seis añitos fue entregado a un tío suyo, arcipreste, para su educación literaria.

Hacia los catorce fue enviado al Estudio General de Palencia, el primero y más famoso de toda esa parte de España, y en el que se estudiaban artes liberales, es decir, todas las ciencias humanas, y sagrada teología.

El joven Domingo se entregó de lleno al estudio de la teología. Especialmente le encantaba engolfarse en la Palabra de Dios que le servía además de aumentar sus conocimientos para entregarse a Dios en una continua oración.



Entrega generosa

Domingo de Guzmán era hombre de palabra y de obras. Más de lo segundo que de lo primero. En esto era fiel copia de Jesús ya que de El dice el libro de los Hechos de los Apóstoles «que empezó a obrar y a hablar».

Mientras Domingo se engolfaba en el estudio y en la meditación de la Palabra de Dios, una gran hambre sobrevino a toda aquella región de Palencia.

El corazón de Domingo no podía sufrir que a él no le faltase nada y estuviese rodeado de valiosos códices y libros mientras otros carecían de lo indispensable para vivir. Pronto fue entregando todo su ajuar a los pobres.

Pero... ¿y los libros? Para él eran su más preciado tesoro y de ellos podía depender su porvenir. No había entonces librerías para comprarlos. Había que copiarlos o hacerlos copiar; y de estas dos clases eran los libros de Domingo. Pero, además, esos libros suyos estaban llenos de anotaciones y resúmenes dictados por él mismo. Labor, como se ve, de dinero y de trabajo, nada fácil de realizar.

Cuando a estos libros de Domingo les llegó su vez, ahí está ese tesoro suyo del alma para venderse también. ¿Que el corazón se le desgarró al venderlos?

«Pero, ¿cómo podré yo seguir estudiando en pieles muertas (pergaminos), cuando hermanos míos en carne viva se mueren de hambre?»

Esta fue la exclamación que dio Domingo a los que le reprochaban aquella venta. Bien vale la exclamación por toda una epopeya.



Llamada de Jesús

Domingo había visto mucha miseria. Jesús estaba entre los pobres.

Una cosa era «dar limosna» e incluso entregar su propia habitación como guarida para los más pobres. Pero otra mucho más generosa y totalizante «darse a sí mismo».

En los oídos de Domingo martilleaban las palabras del Maestro: «Un nuevo mandamiento os doy, que os améis los unos a los otros como yo os he amado».

¿Cuánto nos había amado Jesús?

—Hasta dar la vida por nosotros.

Un día llegó a su propia habitación una mujer llorando amargamente y diciendo:

—«Mi hermano ha caído prisionero de los moros».

A Domingo no le queda ya nada que dar sino a sí mismo. Pues bien; ahí está él; irá a venderse como esclavo para rescatar al desgraciado por el cual se le rogaba.

Estos actos de Domingo conmovieron a Palencia. Entre estudiantes y profesores se produjo tal movimiento de piedad y caridad que se hizo innecesario vender libros ni vender personas, sino que de las arcas, en que se hallaba escondido, salió enseguida dinero suficiente y para todo.

No sólo por Palencia corrió la voz de estos hechos, sino por todo el reino de Castilla, hasta el punto que el Obispo de Osma, don Martín Bazán, que andaba buscando hombres notables para su Cabildo, viniese a Domingo, rogándole que aceptase en su catedral una canonjía.



Modelo de canónigos

Tenía Domingo unos veinticuatro años cuando aceptó esa canonjía. Poco después, al cumplir la edad canónica de veinticinco años, fue ordenado sacerdote.

Desde el primer momento el canónigo Domingo comenzó a brillar por su santidad y ser modelo de todas las virtudes. Era el último siempre en reclamar honores, que aborrecía, y el primero para cuanto significaba humillaciones y trabajos. Su virtud atraía.

Nadie se acercaba a él que no se sintiese dulce y suavemente atraído hacia la virtud.

Los canónigos regulares debían dedicarse más de lleno a la vida contemplativa, al culto divino y a los sagrados ministerios.

El Rey Alfonso VIII había encargado al obispo de Osma, don Diego de Acevedo, en 1203, la misión de dirigirse a Dinamarca a pedir para su hijo Fernando, de trece años, la mano de una dama noble. El obispo aceptó, y por compañero espiritual de viaje escogió a Domingo.

Al pasar por Francia, Flandes, Renania y hasta la misma Inglaterra pronto el apostólico corazón de Domingo quedó profundamente dolorido al ver que estaban grandemente infectadas de perniciosos herejías. Los cátaros, los valdenses o pobres de Lyon, y otras herejías, procedentes del maniqueísmo oriental, lo llenaban todo. Tenían hasta obispos propios.

Negaban todos los dogmas católicos, la unicidad de Dios, la redención por la cruz de Cristo, los sacramentos, etc., etc. Con la afirmación de dos dioses, uno bueno y otro malo, su religión venía a ser solamente una actitud pesimista frente a la vida, de la cual había que librarse con austeridad y mortificaciones.



Los cimientos de una Orden

Podemos afirmar que se echaron por el 1207 cuando empieza una nueva etapa de vida de Domingo.

Con algunos compañeros, entre ellos su propio obispo de Osma, se entrega de lleno a la vida apostólica, viviendo de limosnas, que diariamente mendigaban, renunciando a toda comodidad, caminando a pie y descalzos, sin casa ni habitación propia en la que retirarse a descansar, sin más ropa que la puesta.

Domingo por ese tiempo ya no quería que le llamasen superior ni canónigo, sino tan sólo fray Domingo, y su obispo se había adaptado también perfectamente a esta pobreza de vida.

Comprendiendo la necesidad de instruir a aquellas gentes incultas que arrastraban las herejías, determinó que su Orden fuese una Orden de predicadores, dispuestos a recorrer ciudades y aldeas para llevar a todas partes la luz del Evangelio. Funda diversos centros de apostolado en todo el sur de Francia.

Pero reconociendo que para refutar las herejías era necesario estar bien preparados en los estudios teológicos, se preocupó inmediatamente de buscarles un buen doctor en teología que les diese clase todos los días, pues consideraba que para ser buenos predicadores, primero debían ser buenos maestros.

Más tarde uno de sus religiosos sería la lumbrera más grande que haya tenido la Iglesia universal: Santo Tomás de Aquino.

Santo Domingo fue un gran amigo de San Francisco de Asís a quien abrazó efusivamente. También fueron amigos los primeros doctores de las dos Ordenes nacies: el angélico Santo Tomás y el seráfico San Buenaventura.

El «Maestro de la predicación», poco después dio vida a la rama femenina. Echaba así los primeros cimientos de la hoy floreciente Orden Dominicana con todas sus ramas.



Id por todo el mundo

Es el mandato misionero del Maestro antes de subir a los cielos. El nos encargó a todos los bautizados la «obligación de predicar».

Domingo fue el hombre elegido por Dios para «predicar la verdad» contra el error por sí y por medio de sus hijos.

Así nos lo pintan los testigos del Proceso de Beatificación.

Nunca iba solo, sino con un compañero por lo menos, pues Jesucristo enviaba a sus discípulos a predicar de dos en dos.

Solía llevar consigo un bastón con un palito atravesado en lo alto, como empuñadura. Uno de estos bastones se conserva todavía en Bolonia.

Ninguna clase de equipaje ni bolsillos ni alforjas, sino tan solo, una especie de repliegue sobre el cinturón, en el que llevaba el Evangelio de San Mateo, las Epístolas de San Pablo y una navajita sin punta, sin duda para cortar el pan duro que pidiendo de puerta en puerta le daban.

Iba ceñido con una correa, a estilo de los canónigos de San Agustín a que pertenecía.

En los caminos iba siempre hablando de Dios y predicando a los compañeros de viaje. Cuando esto no era posible se separaba del grupo y comenzaba a cantar himnos y cánticos religiosos.

Era muy parco en el comer, ayunaba siempre en las cuasresmas a sólo pan y agua.

Jamás tuvo miedo a las amenazas que los herejes continuamente le dirigían.

Los compañeros de Domingo eran todos clérigos y vestían, como él, túnica blanca, como los canónigos de San Agustín.



Partida a la casa del Padre

El 21 de enero de 1217, el Papa Honorio III aprobó definitivamente la Obra de Domingo, la Orden de Predicadores o Dominicos. En agosto de este año distribuyó en cuatro comunidades los dieciséis dominicos que tenía entonces la Orden. Pronto se multiplicaron prodigiosamente.

En 1220 las herejías de cátaros y albigenses se habían extendido por Italia. El papa Honorio III determinó organizar una gran Misión. Pero, en vez de poner al frente de ella algún cardenal encomendó la dirección a Domingo que se entregó de lleno a la Misión. Durante toda su vida padeció de varias enfermedades, sin querer cuidarse lo más mínimo ni dejar de predicar un solo día.

Viendo llorar en torno a su lecho a todos sus hijos espirituales, les dijo: «No lloréis, yo os seré más útil y os alcanzaré mayores gracias después de mi muerte». Y continuó: «Padre Santo, bien sabes que con todo mi corazón he procurado siempre hacer tu voluntad. He guardado y conservado a los que me diste. A Ti te los encomiendo: Consérvalos, guárdalos».

Y volviéndose a la comunidad, les dijo: «Comenzad». Y al oír: «Venid en su ayuda, santos de Dios», levantó las manos al cielo y expiró.

Era el 6 de agosto de 1221, cuando no había cumplido aún cincuenta años de edad. Ofició sus funerales el cardenal Hugolino, legado del Papa, al que había de suceder bien pronto, y que le había de canonizar.



Santo Domingo y el Rosario

¿Cómo era este gran hombre, celoso apóstol de Jesucristo, fundador de una ínclita Orden religiosa e iniciador –según la tradición– del Santo Rosario?

Una religiosa admitida por él en el convento de San Sixto de Roma, hace de Domingo la siguiente descripción, confirmada por el dictamen técnico que sobre su esqueleto se dio en 1945, al abrir su sepultura, por temor de que fuese Bolo-
nia bombardeada:

«De estatura media, cuerpo delgado, rostro hermoso y ligeramente sonrosado, cabellos y barba tirando a rubios, ojos bellos. De su frente y cejas irradiaba una especie de claridad que atraía el respeto y la simpatía de todos. Se le veía siempre sonriente y alegre, a no ser cuando alguna aflicción del prójimo le impresionaba. Tenía las manos largas y bellas. Y una voz grave, bella y sonora».

No estuvo nunca calvo, sino que tenía su corona de pelo bien completa, entreverada con algunos hilos blancos».

Fue canonizado por Gregorio IX en 1234.

¿Se debe a Santo Domingo el origen del rezo del Santo Rosario? Parece que fue posterior a él.

Lo cierto es que estando en Fangeaux una noche en oración, parece haber tenido una revelación especial, de la cual no queda documento fehaciente; queda solamente un monu-
mentito de tiempo posterior llamada Seignadou.

Allí parece haber tenido el Santo cierta visión que le impresionó. ¿La revelación del rosario? Los santos nunca suelen sacar al público estos secretos.

La tradición unánime hasta tiempos muy recientes, avalada por gran multitud de documentos pontificios y con multitud de argumentos de toda clase, a Santo Domingo atribuye la fundación del rosario.



Así lo dicen los Papas

La tradición casi unánime hasta nuestros días ha hecho a Santo Domingo de Guzmán el fundador de la devoción del Santo Rosario.

Casi todos los Papas de los últimos siglos han afirmado esta tradición. Baste por todos traer aquí las palabras de Benedicto XV:

«Y así –dice hablando de Santo Domingo–, en sus luchas con los albigenses que negaban y escarnecían con injurias la maternidad divina de María y su virginidad, el Santo, al defender la santidad de estos dogmas, imploraba el auxilio de la Virgen Madre.

Con cuánto agrado recibiese la Reina de los cielos la súplica de su piadosísimo siervo, fácilmente puede colegirse por el hecho de haberse servido de él la Virgen para que enseñase a la Iglesia, Esposa de su Hijo, la devoción del Santísimo Rosario.

Es decir, esa fórmula deprecatoria que, siendo a la vez vocal y mental (pues al mismo tiempo que se contemplan los principales misterios de la religión se recita quince veces la oración dominical con otras tantas decenas de avemarías), es devoción muy a propósito para excitar y mantener en el pueblo el fervor de la piedad y la práctica de todas las virtudes.

Con razón, pues, Domingo de Guzmán mandó a sus hijos que, al predicar a los pueblos la palabra de Dios, se dedicasen a inculcar en los ánimos de sus oyentes esta forma de orar, cuya utilidad práctica tenía él harto experimentada».



¿Qué han dicho de él?

Es imposible recoger todos los maravillosos «piropos» que le han tributado los Santos, los Papas, los Reyes, el Pueblo...

Santos:

Santa Teresa: «En el Rosario he hallado los atractivos más eficaces y poderosos para unirme con Dios».

San Luis M.^a Grignon de Montfort: «La práctica del Santo Rosario: es verdaderamente grande, sublime y divina... Dios ha ligado en ella la gracia de esta vida y la gloria en la otra».

S. Alfonso M.^a de Liguorio: «El rezo del Rosario es lo más agradable a la Madre de Dios».

Sta. Rosa de Lima: «El Rosario contiene todo el mérito de la oración vocal y toda la virtud de la oración mental».

S. Antonio M.^a Claret: «Jamás será tenido por buen cristiano quien no reza el Rosario...».

Papas:

Urbano IV: «El Rosario es el canal por donde vienen cada día al pueblo cristiano toda suerte de bienes».

S. Pío V: «Los hombres con esta oración se vuelven otros, las herejías se disipan y brilla refulgente la luz de la fe católica».

León XIII: «Es la oración más fácil y segura para llegar a la más alta contemplación».

S. Pío X: «El Rosario es de todas las oraciones la más bella, la más rica en gracias, la que más complace a la Virgen Santísima».

Pío XII: «Es el mejor medio para alcanzar la ayuda materna de la Virgen Santísima».

Reyes y Sabios:

Carlos V: «Después de acabar mi rosario me ocuparé de los negocios».

Felipe II: «Hijo mío, si quieres poner a vuestro reino al abrigo de todo peligro, rezad diariamente el Santo Rosario».

El físico Ampere, el médico Recamier, Cervantes, Murillo, Miguel Angel, el músico Haydn, etc, etc... todos rezaban diariamente el Santo Rosario y lo «piropearon» en abundancia.

Rezad el Santo Rosario

Así lo ha dicho la misma Sma. Virgen en sus últimas apariciones de Lourdes y Fátima. A Santa Bernardita Soubirous en sus 18 apariciones en 1858 en Lourdes y a Juanita, Francisco y Lucía en Fátima, siempre les insistió: «¡Rezad el rosario!». Y Ella misma lo rezaba con los privilegiados videntes.

La fiesta de la Virgen del Rosario fue instituida por el Papa dominico San Pío V en 1572.

Su sucesor Gregorio XIII, el 1 de abril de 1593, extiende la fiesta del Rosario a todas las iglesias y capillas en que estuviera erigida la Cofradía.

Clemente XI, en 1716, extendió la solemnidad a la Iglesia Universal, unida al primer domingo de octubre. Más tarde, quedó fijada en el calendario de la Iglesia universal esta fiesta en el 7 de octubre.